

BERTONI, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001, 319 pp.

¿Cómo construir una nación? ¿Cómo despertar en el conjunto heterogéneo de habitantes de un territorio determinado la conciencia de *su* nacionalidad? ¿Era la nación una entidad claramente definida y preexistente que anclaba sus raíces en el pasado o una comunidad plural proyectada hacia el futuro? Fueron estos algunos de los dilemas que enfrentaron las capas dirigentes de la sociedad argentina en las dos últimas décadas del siglo XIX, y cuya discusión y soluciones diversas terminaron por involucrar a los distintos sectores de la república. Este amplio movimiento que colocó el problema de la nacionalidad argentina en el centro de sus preocupaciones es el objeto del trabajo de Lilia Ana Bertoni, profesora de Historia en la Universidad de Buenos Aires.

La autora sostiene que durante la década de 1890 coexistieron al interior de las filas de los *patriotas* dos concepciones disímiles respecto de lo que era y debía ser la nación argentina. Los *cosmopolitas* defendían la idea contractualista de la misma como un "cuerpo político basado en el contrato", de voluntaria adhesión y caracterizado por las amplias libertades concedidas a los extranjeros, así como por la tolerancia desplegada hacia sus actividades económicas y culturales. Para los *nacionalistas*, en cambio, la nación descansaba sobre su naturaleza "esencialista" y excluyente, que veía como una exigencia la necesidad de homogeneidad cultural. Los cosmopolitas creían que la nación se enriquecía con la integración de la diversidad; no era aquella una "singularidad" definida sino que cobraría forma con el paso del tiempo. Los nacionalistas perseguían mantener pura la especificidad cultural de la nación argentina (lengua, raza, etc.), neutralizando así la amenaza de la "contaminación extranjera". En suma, en el primer caso se trataba de una comunidad de intereses y necesidades cuyos rasgos no estaban definidos de antemano y que se proyecta-

ba hacia el porvenir; en el segundo, en cambio, la nación era una realidad preexistente que había quedado establecida y definida en el pasado.

Cosmopolitas y nacionalistas no se alinearon al interior de partidos políticos o de entidades cerradas. Formaron asociaciones con fines diversos (deportivos, artísticos, sociales, etc.), las cuales asumieron un marcado carácter cívico-patriota y funcionaron como canales alternativos a la política tradicional para difundir y discutir ideas, y crear una impresión en la opinión pública respecto del problema de la nacionalidad. Sus posturas y planes de acción influyeron en vastos sectores de la sociedad argentina e incidieron en las estrategias desplegadas por el aparato estatal para reforzar la identidad nacional. Aunque ambos sectores pugnarón por imponer sus puntos de vista, terminaría primando —y esta es una de las conclusiones del libro—, ya en el siglo XX, la concepción cultural esencialista, a pesar de la creciente heterogeneidad de la sociedad argentina.

En opinión de Bertoni, el movimiento patriótico materia de su estudio se vio estimulado por dos factores que aceleraron el ritmo de la construcción de la nacionalidad: la masiva inmigración y el inicio de una nueva etapa que fue testigo del triunfo en Europa de la idea de nación como un conjunto de hombres que compartían una raza, una lengua, una historia y tradiciones comunes, lo que influyó de manera determinante en los inmigrantes que arribaron a las costas argentinas. Los grupos dirigentes reaccionaron ante estos fenómenos impulsando la acción decisiva del Estado para la afirmación de la nación y la formación de una nacionalidad propia.

La actitud hacia el inmigrante —principalmente italiano— fue ambigua. La política oficial había contemplado el fomento de la inmigración, pues la participación extranjera resultaba decisiva en la expansión económica. Sin embargo, la sensación de “inundación” vivida a fines del siglo XIX cambió paulatinamente la imagen positiva del extranjero laborioso, ante la sensación de que en algunos casos este amenazaba la nacionalidad al borrar rasgos

de la identidad argentina, por ejemplo, a través de las respectivas celebraciones patrias. El debate giraba en torno a cómo atraer al inmigrante, pero inculcándole a la vez la nacionalidad argentina. La política imperial expansionista europea y la lealtad transoceánica de sus habitantes desplazados hacia sus respectivas patrias, hacía temer a las capas dirigentes del país de Sudamérica que la soberanía e independencia del estado se podían ver amenazadas por la formación de "colonias" extranjeras que funcionaran autónomamente.

El problema era complejo, pues convivían en territorio argentino dilatados conjuntos de residentes al margen del sistema formal de participación democrática. Los inmigrantes reclamaban más derechos políticos sin que esto fuera en detrimento de su identidad y nacionalidad; los argentinos, por su parte, buscaban su naturalización como requisito para concederles dichos derechos. Algunos llegaron a sostener que dada la cantidad de extranjeros al margen del voto, podía llegar a cuestionarse la legitimidad del régimen político. En resumen, la ciudadanía a cambio de la nacionalidad, concebida esta como un sentimiento excluyente de adhesión y militancia, no una mera cuestión legal; esas eran las exigencias del patriotismo argentino.

A pesar del cauto repliegue ante el elemento extranjero, hubo también intentos de acercamiento. La autora presenta el caso de la legión militar ítalo-argentina, surgida en el momento culminante de las tensiones entre Chile y Argentina, hacia 1898 y 1899. El acercamiento y la colaboración ante un eventual conflicto buscaban que los italianos defendieran la patria que los acogía, pero implicaban también un reconocimiento del aporte italiano al país. Para los cosmopolitas se abría la posibilidad de una nueva "raza" típicamente argentina; los nacionalistas acataban de buen grado la colaboración entre "hermanos", pero se apresuraban a señalar que el huésped difería del anfitrión, por lo que las diferencias nacionales no se desfiguraban.

En este periodo la imagen que de España se tenía comenzó a transformarse. La propaganda liberal posterior a la Independen-

cia la conceptuó como enemiga; el nacionalismo en formación a fines del siglo XIX empezó a imaginarla como "Madre Patria", idea de la cual se nutría la ideología del panhispanismo. Bertoni reconoce la influencia que significaba la amenaza del imperialismo del "gran vecino del norte"; sin embargo, lo determinante eran las afinidades de lengua y "raza" que entonces se creía percibir. Para algunos la lengua argentina era, a fin de cuentas, la española; estaba, por lo tanto, establecida desde antiguo y se debía mantener así. El habla local (gaucha, criolla, mestiza) no era más que un dialecto frente al idioma español. Para otros, en cambio, la lengua argentina era una lengua en formación que debía incluir todos los aportes léxicos de los extranjeros.

Esta nueva imagen de España, ¿tenía sus orígenes en la concepción cosmopolita integradora o en la esencial-excluyente? ¿Cómo compaginar el acercamiento a España con el recelo que inspiraban otras nacionalidades a los argentinos? ¿De qué manera ponderar en un mismo periodo los vaivenes y ambigüedades que implicaban la existencia de la legión ítalo-argentina y el rechazo de las tradiciones, escuelas y fiestas italianas? Es preciso dilucidar estos puntos.

Los planes del Estado para cimentar la conciencia nacional se dejaron sentir en varios campos. Pronto se percibió la fuerza de la escuela en este respecto. Esta debía inculcar "sentimientos patrióticos" de adhesión entre los estudiantes. Nacionalistas y cosmopolitas notaron la urgencia de orientar la enseñanza hacia la realidad del país. El gobierno desplegó una política de selección y autorización de los textos de enseñanza, que debían ser elaborados en Argentina. Además, luchó por la difusión de la obligatoriedad escolar, chocando con la decisión de muchos padres de no matricular a sus vástagos por requerirlos en el trabajo familiar. Los maestros, mejor preparados, debían incidir en la historia y la geografía nacionales, en el idioma (que no se "corrompiera" por la inclusión del habla foránea), en la instrucción cívica y en la enseñanza de la organización política del Estado argentino. El gobierno libraba así una lucha abierta de captación de estudian-

tes contra las escuelas privadas y los centros de enseñanza exclusivos para extranjeros, por considerar que exhibían una política marcadamente anti-patriótica.

La “paz armada” que se vivió en esos años —ante la amenaza de expansión de los vecinos— llevó al convencimiento de la necesidad de defender la nación. El ciudadano que se hacía soldado cumplía con un deber moral para con la patria. Así, a la par que se profesionalizaban las Fuerzas Armadas, se preparaba al ciudadano-soldado, especialmente a los jóvenes, a través de la gimnasia y el tiro. La “nación-potencia” que se perseguía construir requería de jóvenes saludables siempre listos ante un eventual conflicto.

A partir de 1887 la celebración de las fiestas patrias empezó a tornarse regular. Pronto se asoció a los desfiles de escolares, cuyo ejemplo debía despertar el sentimiento de nacionalidad entre los espectadores. Fue una fiesta popular en sus orígenes, pero a partir de la década de 1880 la presencia del Estado se hizo notable, sobretodo a través del desfile militar. La ceremonia abandonó sus aires pueblerinos y se transformó en una festividad oficial, en la que el pueblo pasó de actor a ocupar el asiento del espectador.

La historia operaba como una pieza clave de la tradición nacional. El “hacer” la historia pasó a considerarse un deber cívico. La “construcción de la memoria” —una memoria selectiva del pasado— despertó acaloradas disputas entre los representantes de las diferentes versiones de la historia nacional. Algunos revaloraban el pasado colonial o inclusive el prehispánico; para otros el punto de partida era indubitablemente la Revolución de Mayo y la gesta de la Independencia. También se debatía sobre quiénes merecían ser reconocidos como constructores de la nación e integrantes del panteón nacional, especie de repertorio ideal de arquetipos —los próceres— que guiaban la acción presente.

El trabajo que reseñamos se hubiera visto enriquecido si hubiera contemplado el conflicto a dos niveles que generaba la implantación del proyecto de nación con pretensiones hegemónicas en Argentina de fines del siglo XIX. En un primer plano, el proce-

so que enfrentaba la concepción oficial de la nación con aquellos nacionalismos de corte popular, quizá menos sistemáticos pero igualmente ricos en su variedad y matices. La autora cita algunos ejemplos que es necesario ubicar en esta perspectiva: la implantación de la obligatoriedad de la enseñanza escolar frente a la negativa paterna de matricular a sus hijos en los centros de enseñanza, y la transformación —no siempre bien recibida— de la fiesta popular de celebración patria en un evento dirigido “desde arriba”. Así, es factible considerar que el proyecto nacional no se aceptó con la misma facilidad en todas las capas de la sociedad. En un segundo nivel, es preciso contrastar el modelo de nación difundido desde el Estado con aquellos nacionalismos regionales que diferían de aquel en sus prácticas y contenidos y que en los países de estas latitudes ejercieron y ejercen un peso significativo. Algunos pasajes del libro dejan la sensación de que se asume la perspectiva bonaerense, y de que a partir de ella se infiere la realidad del resto del país.

Jose Carlos de la Puente Luna
Pontificia Universidad Católica del Perú